

ESCENA IV

OROSIA, DON TRIFÓN, DON CRESCENCIO y DON BAUDILIO. Don Baudilio entra resuelto y alegre: la cara expansiva y sonriente.

D. BAU. ¡Orosia!... ¡Querida Orosia!... ¡Encantadora Orosia!

OROSIA. ¡Don Baudilio!... (Asombrada.) ¿Qué transformación es ésta?

D. BAU. ¡Don Trifón!... ¡mi querido don Trifón!... ¡Sabio ilustre!... ¡Académico futuro!

D. TRIF. ¡Don Baudilio!... ¿Pero qué es esto?

D. BAU. ¡Don Crescencio!... ¡mi simpático don Crescencio!... ¡gloria de la seismología y de la ciencia española!

D. CRES. Pero, ¿qué tiene usted? ¿qué le pasa?

D. BAU. ¿Qué me pasa? ¿pregunta usted «qué me pasa»? ¡Que «no me pasa nada»! ¡Que «no me duele nada»! ¡Que «no sé si tengo cabeza»! ¡Como si no la tuviera! ¿Comprenden ustedes felicidad mayor? Lo que ha de pedirse a Dios, es no saber que tiene uno estómago, pecho, brazos, piernas, y, sobre todo, «cabeza». En cuanto se entera uno de que posee cualquiera de estos órganos, está uno perdido; porque el que da la noticia, es siempre «el dolor». ¡Ay, mis queridísimos amigos, hace cuatro años, que unas veces «el frontal», otras veces «el occipucio», el «lado izquierdo» o el «lado derecho», las «cejas» o «el trigémino», me han estado avisando con «dolor intolerable»: «¡Baudilio, Baudilio, que tienes cabeza!» Y ahora, nada: absolutamente nada; como si me hubiesen guillotinado. Ando entre ustedes, les hablo a ustedes, les estrecho la mano... «y sin cabeza». La dicha suprema, ¡ser acéfalo! Baudilio, «empieza en los pies y remata en la nuez». Después, el espacio sin pesadeces, sin latidos, sin dolores. ¡Encima, de los hombros el vacío! ¡Encantadora doña Orosia, soy

feliz! ¡Querido don Trifón, soy feliz! ¡Soy feliz! ¡queridísimo don Crescencio! (*Se deja caer en un banco o mecedora, saturado de felicidad y alegría.*)

OROSIA Vamos, sea enhorabuena. Sí, sí, tiene usted muy buena cara: parece que le han quitado a usted veinte años.

D. BAU. ¡Lo que me han quitado es la cabeza, y lo que he recobrado es el corazón! (*Mirándola con ternura.*)

D. TRIF. Mucho nos alegramos.

D. CRES. Nos alegramos muchísimo.

D. BAU. ¡Pues y yo!

OROSIA Vamos a ver, ¿y Valentina? ¿y Leoncio?

D. BAU. ¡Ah! ¿Valentina? ¿Leoncio? Pues tan buenos, y tan guapos, y tan simpáticos.

D. TRIF. Pero, ¿dónde quedan?

D. BAU. ¿Dónde han de quedar? En el «Yacht» ¡Un «Yacht» encantador! (*Levantándose.*) ¡Creí que me moría! ¡Un «Yacht» prodigioso! A «él», a la triaca-magna y la castaña de Indias, les debo yo mi curación. Arroqué los hígados, los hipocondrios y los pulmones. ¡Qué mareo! ¡tres días enteros! ¡tres veces recé el Señor mío Jesucristo!

D. CRES. Pero, ¿qué piensan hacer?

D. BAU. ¿Quiénes?

D. CRES. Valentina y Leoncio.

D. BAU. No sé: dar vueltas por el mar, y cuando se cansen, volver a casa. ¡Ah, ellos no se marean!

D. TRIF. ¿Pero cómo está usted aquí, y cómo no han venido con usted?

OROSIA Eso es. (*Pidiendo también la explicación.*)

D. BAU. ¿Que cómo estoy aquí? ¡Ah, sí! Esta mañana, cruzando por delante de la «playa de los pinares», creyeron que me moría, y yo también lo creí. Con que según parece, me bajaron atado como un fardo a la lancha y me desembarcaron.

OROSIA ¿Y por qué no desembarcó con usted Valentina?

D. BAU. No sé. Sí, vamos: a Valentina no podían bajarla como a mí. Y además, no quería

Leoncio; o no querría ella; o no querría ninguno de los dos. Es que a mí me bajaron atado a una cuerda; y la cuerda daba vueltas; y yo daba vueltas; miraba hacia arriba, con los ojos entornados y vidriosos, y veía un barco que se me caía encima y Leoncio asomado, viéndome bajar y todo girando. ¡Así, «no ha bajado nadie más que yo!»! (*Con orgullo.*) ¡Con los balances no caía a plomo, y dos veces, en vez de meterme en la lancha, me metieron en el mar! A la tercera, caí de cabeza en la lancha. Entonces creo que fué cuando perdí la cabeza y con ella la neuralgia. Y ya me ven ustedes, ¡otro hombre!

- D. CRES. ¿Pero no comprende usted que la situación de Valentina es muy delicada? ¿Cómo pudo usted abandonarla?
- D. BAU. Si yo no les abandoné; si ellos me abandonaron a mí. Además, Valentina estaba muy buena.
- D. TRIF. Pero, ¿y su reputación? ¿y su nombre? ¡Sola por esos mares con un hombre como Leoncio! ¿No comprende usted que Valentina está comprometidísima?
- D. BAU. ¡Poco a poco! ¡Leoncio es un caballero! ¡Al que dude de Leoncio, de mi salvador, le parto yo el corazón de una estocada! ¡Leoncio es un dechado de virtudes y de piedad y de ciencia! Leoncio no compromete a nadie, y salva y cura y regenera a todo el mundo. Si compromete a Valentina, se casa con Valentina, y si me compromete a mí, se casa conmigo. Es un decir, para que ustedes comprendan de lo que es capaz aquel corazón magnánimo.

ESCENA V

OROSIA, DON TRIFON, DON CRESCENCIO y DON BAUDILO, LUCIA, que viene corriendo.

- OROSIA ¡Qué hombre éste! ¡Pero, si es otro!
- LUCIA ¡Ahí están, ahí están, ahí vienen! Les he visto desembarcar. (*Don Baudilio le da la mano afectuosamente a Lucia.*)
- OROSIA ¡Gracias a Dios!
- LUCIA ¡Cuánta gente acudió a verles! ¡Les abrieron calle! ¡Y pasaron triunfalmente Valentina y Leoncio!
- D. TRIF. Ahora empieza el «Vía-Crucis» para Valentina.
- D. CRES. Veremos si tiene tanto valor para las tempestades de la vida, como para las tempestades del mar.
- OROSIA ¿Y cómo viene? (*Con curiosidad.*)
- LUCIA ¡Muy erguida!
- D. CRES. ¿Y Leoncio?
- LUCIA Muy humilde.
- D. TRIF. ¿La trae del brazo?
- LUCIA ¡Cá! Ella se adelanta un poco y le deja atrás como si fuese un lacayo.
- OROSIA Valentina es realmente valerosa.
- D. CRES. Pues con todo su valor, si Leoncio no se casa...
- D. TRIF. ¡Qué disparate! Leoncio no se casa.
- D. BAU. ¡Tengamos la fiesta en paz! Leoncio se casa con todas las mujeres que comprometa. ¿Si le conoceré yo?
- OROSIA. Con todas las que comprometa, pueda ser. Pero con Valentina, me parece que no.
- LUCIA Yo digo que sí. Como que ya trae aspecto de marido.
- D. TRIF. Pronto saldremos de dudas, porque están aquí.

ESCENA VI

OROSIA, LUCIA, DON TRIFON, DON CRESCENCIO y DON BAUDILIO; VALENTINA y LEONCIO, los dos por el fondo. Valentina trae un impermeable elegante con la capucha caída. Viene pálida, pero altiva y desdeñosa. El pelo enmarañado, y separándolo de la frente y de los ojos por movimientos nerviosos y «por la costumbre» de dos días que ha estado sobre cubierta y azotada por el huracán. Marcha delante de Leoncio, sin mirarle siquiera. Todos se precipitan a su encuentro con grandes demostraciones de interés y amistad, en que se traduce la compasión y como el afán de consolarla y protegerla, con otro tanto de curiosidad maliciosa y algo de triunfo sobre una mujer que, según ellos, cae de tan alto. Don Baudilio se precipita a abrazar a Leoncio.

- OROSIA ¡Valentina! (Abrazándola.) ¡Valentina!
- LUCIA ¡Picarona! (Abrazándola también.) ¡Ya te tenemos!
- OROSIA ¿Cómo estás?... ¿Qué tal?! ¿Hubo miedo?
- LUCIA Está no tiene miedo nunca, ¿verdad?
- VALEN. ¡Gracias, gracias, queridas! Estoy muy buena. Yo no tengo miedo nunca, como dice Lucía. ¡Pero os agradezco tanto el interés que os tomáis por mí!
- D. BAU. ¡Otra vez los brazos! (A Leoncio.)
- D. TRIF. (Acercándose a Valentina y apretándola las manos.) ¡Quién no se ha de interesar por usted, Valentina! (En su tono hay algo de lástima y protección.)
- D. CRES. (Lo mismo y con grandes demostraciones.) Todos, todos nos interesamos muy de veras por nuestra Valentina.
- VALEN. Sí, ya veo que todo el mundo se interesa por mí. Lo he visto al desembarcar y lo veo ahora.
- OROSIA Es que estábamos con muchísimo cuidado.
- LUCIA ¡Ay, sí, hija! ¡Con mucho cuidado! Todos decíamos, ¿pero qué le pasará a la pobre Valentina?
- VALEN. No sé por qué. El «Yacht» es seguro.

- LUCIA ¡Y además iba Leoncio!
- LEONCIO La molestia era grande; el peligro no lo era tanto.
- OROSIA ¡Ay, no diga usted eso, Leoncio! El peligro era grandísimo.
- D. TRIF. Para usted. (*A Leoncio.*) acaso no; porque «está usted acostumbrado a esos peligros». Para Valentina era mortal.
- D. CRES. ¡Mortal!
- VALEN. Pues con vida me ven ustedes. Y además, yo al peligro no le temo. ¿Qué puede suceder? ¿Morir? Dios dispone siempre de mi vida. Si ha dispuesto que siga viviendo, ¿qué importa que se desgarran los cielos, que suban las aguas o que se desencadenen los huracanes? El me protegerá y me sacará a la orilla; o agarrada a un tablón, o entre las espumas de la resaca, o vuelta en el cieno que las olas arranquen del fondo del mar. Si en cambio decide el Señor que muera, ¡oh! entonces, ¿para qué necesita ni océanos ni tempestades? Todos esos furores no serán por mí, que con un soplo dejo de ser. De modo que en uno y otro caso, yo me dejo llevar por una voluntad superior a la mía, y esa palabra «peligro» significa muy poco para mí. Si me traga el oleaje, se acabó Valentina; si me revuelca en la playa, de allí me sacan, y por ahí me traen, y aquí me dejan, y aquí me consuelan y animan amigos, parientes y bienhechores.
- LUCIA ¡Esto es ánimo!
- OROSIA Y resignación cristiana.
- D. TRIF. Y valor a prueba.
- D. CRES. Y poesía consoladora.
- VALEN. ¡Ah! el espectáculo de esas grandes luchas de cielos y de mares, despierta la poesía en el espíritu más prosaico. Y dos días y dos noches he estado sobre cubierta saturándome con las grandezas de tempestad.
- OROSIA ¡Dos días y dos noches!
- VALEN. (*Con enojo contra sí propia por descender a dar explicaciones.*) ¡Ay, Dios mío! No

- sólo me he vuelto poética, sino jactanciosa. Y no sé por qué he dicho esas cosas... de los dos días y de las dos noches... porque ni nadie lo creerá, ni tengo interés en que nadie lo crea. (*Con supremo desdén.*)
- LEONCIO Yo lo afirmo.
- VALEN. Afirmandolo yo, no hace falta que lo afirmé usted.
- LEONCIO Tiene usted razón, Valentina.
- VALEN. ¿Y don Salustio? ¡Ah! ¡pobre padre mío! por él sí que he sufrido, pensando lo que él sufriría. ¡Tenía razón! No quise obedecerle, y bien lo pago. ¿Dónde está?
- OROSIA Por los muelles y por todas partes anda buscando noticias. Pero en cuanto sepa la entrada del «Yacht», vendrá como un loco.
- VALEN. Hoy todos venimos a esta casa como locos.
- LEONCIO ¿Me permite usted que espere a que vuelva don Salustio? (*A Valentina.*)
- VALEN. No es mi casa: es la de su tío de usted; sin mi permiso, puede usted continuar en ella.
- LEONCIO Pues esperaré a don Salustio.
- VALEN. Como usted guste.
- OROSIA Todos esperamos.
- D. TRIF. Todos, para acompañarle en su alegría.
- D. CRES. Y para ponernos a sus órdenes.
- D. BAU. Todos, no. Que yo necesito aire, movimiento y gente a quienes contar lo que me pasa o lo que no me pasa. Adiós, Valentina: sea enhorabuena. (*Le da la mano.*) Otro abrazo, Leoncio. ¡Hasta la muerte! Señoras y señores... Adiós, Orosia: ¡está usted encantadora! Valentina, Leoncio, todavía tenemos que hacer otro viaje en el «Yacht». (*Sale por el fondo.*)
- OROSIA ¡Yo creo que perdió el juicio! Pero es muy simpático.
- VALEN. Es el más cuerdo de todos nosotros. Y ahora, con el permiso de ustedes, me retiraré un momento para cambiar de traje... porque vengo envuelta en ondas amargas. (*Haciendo esfuerzos por reír.*)
- D. TRIF. Ahí viene don Salustio.



VALEN. ¡Don Salustio!... ¡Padre mío!... (*Precipitándose para recibirle.*) ¡No!... (*Retrocediendo.*) ¡Temo su enojo! ... ¡fui contra su voluntad!... Prepárenle ustedes... Díganle ustedes lo animosa que vuelvo... y lo buena que vuelvo... y lo alegre... y cuánto deseo abrazarle... Y usted, Leoncio, le pide perdón por la calaverada que hemos hecho... Y yo vendré... yo vendré... pero ahora estoy aterida... Un naufragio a quien se recoge en la playa... Adiós... adiós... ¡que me perdone... que me perdone!... ¡No vuelvo... si no me llevan ustedes su perdón! ¡Ay, Dios mío!

ESCENA VII

OROSIA, LUCIA, DON TRIFON, DON CRESCENCIO, LEONCIO y DON SALUSTIO

D. SAL. (*Entrando con gran agitación.*) ¡Valentina!... ¿Dónde está Valentina?

OROSIA Don Salustio tranquilícese usted. Ya la tenemos. Subió a cambiar de traje. Pero viene muy buena, muy animosa.

LUCIA Muy valentona.

D. TRIF. Ya pasó el pelibro, don Salustio: ahora a descansar.

D. CRES. Ya está Valentina en puerto seguro.

D. SAL. ¡En puerto seguro! (*A punto de estallar, pero conteniéndose.*) Eso es: muchas gracias a todos por el interés... Abrumado por tanto interés. (*Se deja caer en un asiento: todavía no ha reparado en Leoncio.*)

LEONCIO (*Acercándose.*) ¡Don Salustio!

D. SAL. ¡Leoncio!... (*Levantándose con impetu.*) ¡Leoncio! (*Con acento amenazador, y queriendo precipitarse sobre él. Sin embargo, se contiene.*) ¡Mise!... (*Iba a decir «miserable», pero se domina, aprieta los puños y cambia de palabra.*) «¡Mi señor» sobriño! ¡Ah! tenemos que hablar; pero aho-

- ra no. Hablaremos los dos... a solas. ¿Comprendes? ¡Con que no te agazapes en el «Yacht» y te me escapes, ¡que eres muy capaz!
- D. TRIF. Pues nosotros nos retiramos. Les vemos a ustedes tranquilos y nos retiramos.
- OROSIA Yo quisiera despedirme de Valentina.
- LEONCIO No se marchen ustedes. Lo que hemos de hablar mi tío y yo, es conveniente que ustedes lo oigan. Yo les suplico que se queden.
- OROSIA Con mucho gusto.
- D. CRES. Si usted se empeña...
- D. SAL. ¡Ah! ¿tú quieres que nos oigan? ¡Pues los sordos nos oirán! ¡cuanto más los que tienen expeditos los oídos y despierta la curiosidad!
- LEONCIO Sí, señor: deseo que nos oigan. Con que desahogue usted conmigo sus enojos. Pero le advierto, que Valentina no tiene la culpa de nada. Un conjunto de circunstancias, de casualidades que ella no pudo prever: mi aturdimiento; el estado del mar...
- D. SAL. Basta. ¿Sabes lo que iba a decir cuando, con tanta osadía como cinismo te presentaste? Pues te iba a decir, lo que te digo ahora: «¡Eres un miserable!» ¡Has comprometido a una mujer! «¡Premeditadamente! ¡traidoramente! ¡cobardemente!» ¡Ya van ustedes oyendo!
- OROSIA Un momento, don Salustio. ¿Quieres hacer compañía a Valentina? (*A Lucía.*)
- D. SAL. No se apure usted. Lo que yo digo, puede oirse, y nunca oiga cosas peores esta señorita. Además, la que tanto se roza con el mundo, bueno es que vaya aprendiendo.
- LUCIA Si ustedes lo disponen, me quedaré. (*fingiendo humildad.*)
- D. SAL. Leoncio, todo esto que ha pasado es una trama tuya, una trama infame: bien que, con decir lo primero, está dicho lo segundo. Una trama tuya: una locura de ella, y una debilidad mía. Pero quien paga por

- todos, es la pobre Valentina, que llorará toda su vida la ligereza de un momento.
- LEONCIO ¿Ha concluido usted?
- D. SAL. No. Mira; un leproso es un desdichado; pero si coge a un niño y se lo lleva y le besa para hacerle leproso como él, ya no es un desdichado, ¡es un monstruo! Un hidrófobo es digno de mucha compasión, pero si entre ataque y ataque ve con plena conciencia a buscar a un sér inocente para morderle y transmitirle su veneno, ya no es digno de compasión, sino de que sobre él disparen una escopeta como sobre un perro rabioso. ¡Pues las almas también tienen su lepra y su hidrofobia; y tú eres ante la sociedad y ante Dios, el leproso y el hidrófobo, ¡el que deshonra y el que mancha; el que «enlepra» y el que «enrabia»!
- LEONCIO ¿Ha concluido usted?
- D. SAL. No. Quiero a Velantina como si fuese mi propia hija: y no puedo... vamos, que no puedo resignarme con esto. Es muy loca, muy chiquilla, muy desobediente... pero no merecía la mancha que, con razón o sin ella... ¡supongo que sin razón! (*Avanzando con los puños cerrados hacia Leoncio.*) ha caído sobre aquella frente purísima por maldad tuya.
- LEONCIO Ahora sí que ha concluido usted. Y óigame.
- D. SAL. Excusas.
- LEONCIO Oigame usted, por amor de Dios.
- D. SAL. Mentiras.
- LEONCIO Oigame usted, y oigan todos, que tengo derecho a que se me oiga. Don Salustio, yo no soy bueno; pero no soy tan malo como usted imagina y como ustedes sospechan. Soy obstinado, soy terquísimo; cuando me empeño en una cosa, o la consigo, «o dejo la vida» en la empresa.
- D. SAL. No, desgraciadamente no la dejaste en ninguna.
- LEONCIO Eso prueba que vencí siempre.
- D. SAL. Hasta aquí. Veremos en adelante.
- LEONCIO Pues adelante, digo yo. Cuando suceden las

- cosas, ni las discuto, ni vuelvo la cabeza para mirarlas. ¿Son? Pues sean. Como han sido las acepto, y adelante.
- D. SAL. Poco a poco. Lo que fué, fué; pero si no fué como debió ser, se ajustan cuentas y se responde ante quien debe responderse, y hoy ¡se responde ante mí!
- LEONCIO ¿Pues a qué vengo? Pude no venir: con meterme en el «Yacht» y dar vapor a la máquina, ya estaba al otro extremo del mar.
- D. SAL. El mar es para todos: para el que huye y para el que persigue.
- LEONCIO Usted no ha necesitado perseguirme para encontrarme. Y tengamos calma.
- OROSIA (A Lucía en voz baja.) Esto no acaba bien. no se casa.
- LEONCIO Por mi ligereza, o por las circunstancias, o por mi astucia o mi maldad, que no me defiendo, ¿he comprometido la reputación de Valentina? Pues a reparar mi ligereza o mi maldad vengo resuelto.
- D. TRIF. ¡Hombre, hombre!
- LUCIA (A Orosia en voz baja.) (Te digo que se casa; ¡si tiene una suerte!)
- D. SAL. ¿Qué quieres decir? ¡No me fío!
- LEONCIO No lo niego. La reputación de Valentina está en mi mano. O por que la suerte la puso en ella, o porque yo hice presa: ello es que en mi mano está. Y «a tenderle mi mano vengo», para que vuelvan su reputación y su honra adonde deben estar: cosas tan sagradas deben estar, no en mi poder, sino en poder de Valentina. ¡Don Salustio, deme usted por esposa a mi Valentina! (Con emoción.)
- D. SAL. ¿Qué? ¿Cómo?... ¡Tú me engañas!... ¡Tú eres un tunante!
- OROSIA ¡Bien, muy bien!... ¡La mano, Leoncio!
- D. TRIF. ¡Es usted un caballero!
- D. CRES. ¡Es usted un hombre dignísimo!
- LUCIA ¡Si yo decía que se casaba!
- D. SAL. ¡Me confundo, Leoncio, me confundo!
- LEONCIO ¡No alardee usted de severo! (En tono de

broma.) No sea usted aquí el Comendador de «Don Juan Tenorio». Es usted muy buen cristiano, y el Comendador, por echarla de puntilloso y de rígido, se condenó. ¡Con que en guardia, don Salustio! No nos convierta usted cualquier día en estatua de piedra. Hablemos como personas «de juicio»: hoy lo tengo; aprovechen ustedes la ocasión.

D. SAL. ¡Qué demonio, hombre!... ¿Qué más ibas a decir?

LEONCIO Hasta aquí fui calavera; procuraré no serlo, y Valentina y usted me ayudarán. Soy muy rico, por hoy al menos; pero ya comprendo que usted no se fía de mí, y yo tampoco me fío mucho de mí mismo.

OROSIA ¡Qué Leoncio!

LUCIA (¡Es simpático hasta la pared de enfrente!)
(*Aparte a Orosia.*)

LEONCIO Oiga usted, don Salustio, y ustedes también, al cabo han de ser ustedes testigos de la boda y de los contratos matrimoniales. Para poner a salvo a Valentina de mis futuras locuras, y para infundir a usted confianza, (*A don Salustio.*) yo le aseguro a mi mujer, como usted quiera, la parte de mi fortuna que usted disponga; y si quiere usted toda, toda: eso será lo mejor. Yo nada.

OROSIA ¡Admirable, Leoncio: no es posible amor más fino!

D. TRIF. Ni conducta más gallarda.

D. SAL. Leoncio, yo no tengo derecho para oponerme a una resolución noble y honrada: ni es cristiano rechazar a los pecadores arrepentidos. Pero tampoco puedo imponer mi voluntad a Valentina. Ella resolverá.

LEONCIO Pues mande usted que venga.

OROSIA (*A Lucía.*) Llámala tú.

LUCIA ¡Ya lo creo: ahora mismo. (*Aparte.*) Y por el camino se lo contaré todo: hasta la de la dote. Se va a volver loca.) (*Sale corriendo.*)

ESCENA VIII

OROSIA, LUCIA, DON SALUSTIO, DON TRIFON,
DON CRESCENCIO y LEONCIO

- D. SAL. Ahora veremos lo que ella dice.
LEONCIO Pero usted, ¿qué consejo se propone darle? ¡Don Salustio, no sea usted cruel!
D. SAL. No eres tú lo que se llama una buena proporción, como marido. En tiempos normales, yo no te entregaba a esa criatura. Pero, en fin, tú prometes enmendarte: las circunstancias se imponen... ¡y qué remedio!... yo le aconsejaré que acepte. Y si la aventura del «Yacht» le ha dejado siquiera una centella de buen juicio...
LEONCIO ¿Qué?
D. SAL. ¡Aceptará! (A Leoncio, al oído.) (Y aceptará, además, porque te ama.)
OROSIA ¿Quién duda que aceptará?
LEONCIO Ahora veremos. Esa mujer trae mi salvación o mi condenación eterna.

ESCENA IX

OROSIA, LEONCIO, DON SALUSTIO, DON TRIFON,
DON CRESCENCIO, VALENTINA y LUCIA

- VALEN. ¿Me llamaba usted, don Salustio? Aquí estoy, aquí estoy... don Salustio. (Conmovida.)
D. SAL. ¡Valentina... mala cabeza! (Se abrazan conmovidos.) Vamos... todo pasó. Te llamaba para decirte...
LUCIA Es inútil, porque lo sabe ya todo: lo de la dote inclusive.
D. SAL. Entonces, es inútil lo que yo pudiera decirte, y a ti te toca responder.
VALEN. Bueno será que usted repita la pregunta, por si no he comprendido bien.

- D. SAL. Leoncio quiere casarse contigo, y me ha pedido tu mano.
- VALEN. Y usted, ¿qué me aconseja?
- D. SAL. Hija... yo, honradamente, no puedo darte más que un consejo: cástate, acepta. (*Pausa: Valentina inclina la cabeza; luego la levanta con energía.*)
- VALEN. Siento en el alma no poder seguir su consejo.
- LEONCIO ¡Valentina!... (*Con violencia.*)
- VALEN. Agradezco su ofrecimiento de usted. (*A Leoncio.*) en lo que vale, pero no lo acepto. (*Todos se asombran y murmuran.*)
- LEONCIO ¿Por qué? (*Fuera de sí.*)
- VALEN. No tiene usted derecho para preguntármelo. ¡Soy libre! (*A don Salustio.*)
- D. SAL. Lo eres.
- VALEN. Pues si lo soy, resuelvo de mi suerte con arreglo a mi conciencia.
- D. SAL. Valentina, ¿y el escándalo? ¿Lo que todo el mundo piensa? ¿Lo que todo el mundo dice? ¿Lo que todo el mundo cree? (*Afligiéndose.*)
- VALEN. ¿Qué me importa? Dios no lo cree.
- D. SAL. ¡Piénsalo bien! (*Todos la rodean; ella, impasible.*)
- OROSIA Valentina, hija mía...
- D. TRIF. Mire usted... que yo no me precipito; y, sin embargo...
- VALEN. Ni yo me precipito tampoco.
- D. CRES. Usted no comprende su situación, Valentina.
- VALEN. Puede ser.
- LUCIA ¡No seas tonta!
- VALEN. (¿Es muy rico, verdad? (*A Lucía.*) He dicho que no, y vuelvo a repetir que no.
- LEONCIO Quiero tener calma... y quiero tener calma. Yo le ruego a usted, (*A don Salustio.*) que me conceda unos breves momentos para hablar con Valentina. Y yo le ruego a usted que me escuche: será la última vez. (*A Valentina.*) Y yo les ruego a ustedes todos que no se vayan todavía. (*Agitado profundamente.*)

- D. SAL. Es muy justo. Retirémonos algunos instantes como desea Leoncio.
- VALEN. No; eso no. Lo que tenga usted que decirme, delante de todos.
- LEONCIO No puede ser.
- VALEN. ¡Escrúpulos ahora! Si ya es pública la deshonra, ¿no es justo que sea pública la reparación?
- LEONCIO Pues sea. ¿Va usted a casarse?... ¿Va a casarte conmigo?
- VALEN. No.
- LEONCIO ¿Por qué?... Responde. ¿Por qué? (*Desesperado y amenazador.*)
- VALEN. ¡Dios mío! ¡En qué apuro me vería si todos aquellos con quienes no he de casarme, me hicieran esa pregunta! Porque no se casa una sino con aquel que ha elegido, y a los demás no hay que darles explicaciones; en suma, porque soy libre y dispongo de mí libremente.
- LEONCIO ¡Mentira! ¡No eres libre! ¡Hice que no lo fueses! Te encadené a mí ante el mundo, y el mundo con sus escándalos y sus calumnias, remachó la cadena. ¡Hasta don Salustio está en mi favor y remacha como todos!
- OROSIA En el fondo, tiene razón.
- D. SAL. La infamia tiene su lógica.
- VALEN. Por eso precisamente, por eso que dicen, no me caso con usted. Porque a mí no me convencen, ni las calumnias del mundo, ni los mandatos de don Salustio, ni sus infamias de usted. Sí: porque usted es un loco a un infame: un voluntarioso sin alma, que por capricho y terquedad quiere casarse conmigo, no por amor verdadero, ¡como el mío!... si lo tuviera. ¡Sí; cuando usted me subía en brazos de la lancha al «Yacht»; cuando me suspendió en el aire y me vi sobre aquel abismo verdoso y ondulante y entre borbotones de espuma que envolvían la escala y nos envolvía a los dos; cuando vi alrededor el mar tempestuoso subir bramando como si quisiera alcanzarnos, y

arriba el cielo plomizo que se caía en jirones sobre nosotros; cuando instintivamente me apreté a usted buscando protección, sólo vi en sus labios la sonrisa del triunfo grosero y repugnante! ¡Y comprendí que quería usted ganarme por el escándalo y la deshonra, ya que no había usted podido ganarme por el amor! ¡Mal medio! ¡Mal medio! ¡Llevar al templo a la que ha de ser su esposa empujada por la rechifla del mundo! ¡Cásate, cástate, que ya no tienes otro medio y «agradece mi generosidad»! ¡Mal medio! ¡mal medio! A mí, ni en el templo, ni en el «Yacht» se me vence con indignidades de canalla, sino con arranques de corazón! ¿usted no los tiene? tanto peor para usted; ¡no me tendrá usted nunca! ¡Nunca, miserable!

OROSIA ¡Valentina! (*Conteniéndola.*)

D. TRIF. ¡Es un carácter de hierro!

D. SAL. ¡Pero qué noble!

LEONCIO ¡No sigas! ¡no sigas! ¡no me precipites!

VALEN. ¿Puede usted hacer más de lo que ha hecho? Ya ante el mundo, ¿qué soy? Entendámonos: «ante el mundo. Ante Dios», soy lo que era...

LEONCIO Por eso quiero que lleves mi nombre.

VALEN. Por eso yo no quiero. ¿Qué dirían? Por lástima, por ruegos de don Salustio, la hizo su mujer. ¡Y ella, como era rico, como era espléndido, se «dejó comprometer» para «comprometerle»! ¡Si usted mismo llegaría a pensarlo alguna vez!

OROSIA ¡Ah! ¡eso no!

LUCIA ¡No faltaba más!

LEONCIO No; no digas eso: ¡no pienses eso de mí! (*Angustido.*) No; eso no: ¡Valentina!... ¡Valentina!

VALEN. Sí; ¡como que sólo ideas puras revolotean por su cerebro de usted; ¡como que nunca ha pensado usted indignidades! ¡Ahora soy para usted un copo de espuma! Cuando pase el capricho, y en usted pasa pron-

to, entonces, ¡la ola se volcó! la espuma abajo y las negruras arriba. «Mi resistencia», pensaría usted, cálculo para empeñarle más y más. «Mis desdenes», estudio de coqueta. «Mi visita» al «Yacht», un lazo. Todo esto «lo pensaría» usted, porque se piensa según la atmósfera en que se respira; y cuando yo comprendiese que usted lo pensaba, aunque no lo dijera... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! moriría y moriría condenada por toda una eternidad, porque moriría con el grito de la blasfemia en la garganta, y el retorcimiento de la desesperación en el pecho.

D. SAL. (*Acercándose a ella.*) ¡No digas esas cosas!
¡No blasfemes, hija mía!

LEONCIO ¡Deje usted que lo diga! ¡Si esa es una prueba de su amor!

VALEN. Y bien; si te amase, ese sería un motivo más para no ser tuya, (*Con explosión apasionada.*) después de lo que has hecho. ¡Yo amarte! ¡y no amarme tú! Yo pensando, «¡Dios mío, toma mi vida, pero salva a Leoncio!» ¡Y tú! «Ven, Valentina, que voy a llevarte al altar, pero antes voy a revolcarte por todas las charcas de la plaza pública: ¡ese será tu velo de desposada!» ¡No, imposible! ¡imposible! ¡vete!... ¡vete, Leoncio; te odio y te desprecio!

OROSIA Vamos, Valentina, ¡cálmate!

LUCIA ¡Por Dios, Valentina!

LEONCIO ¡Bueno! ¡ahora me odias! pero antes sentías mucho amor por mí, ¿verdad? Esto es lo que yo quiero saber. Porque si me has amado, por más que tú digas, no has dejado de amarme. Y todo eso que ahora dices, no es más que la cólera del primer momento: los enojos de un carácter enérgico, que no quiere doblegarse; el orgullo celeste de una santa, que se indigna porque le manchan la orla del manto. Yo la limpiaré con mis besos cuando sea mi esposa. ¡Porque aunque se junte el cielo con la tierra, lo serás! Sí, tú me quieres, y

- por eso huyes de mí. ¡Créanlo ustedes!
¡convénzanla ustedes!
- D. TRIF. ¡Por Dios, Leoncio, tenga usted calma!
- LEONCIO ¡Pero si es que me quiere! ¡Si estoy seguro!
¿Te acuerdas? ¡Dos días y dos noches has pasado sobre la cubierta de mi «Yacht» y te acercabas al timonel, con mentiras de curiosidad, para huir de Leoncio! ¡y hablabas con los marineros del tiempo y del oleaje, y de la vida del mar, para no hablar conmigo de tu amor! ¡Pero yo lo comprendía, y cuando, ya rendida por el cansancio, nos sentábamos juntos, envuelta tú en mi impermeable de mar, y temblando de frío y de angustia, yo no sabía, en la oscuridad, adónde mirabas; pero te sorprendía un relámpago, y bajo el capuchón «veía tus ojos clavados en mí!» ¡Niégalo, niégalo, Valentina! ¡Valentina, niégalo!
- VALEN. ¡Te miraba con ira! (*Fingiéndose furiosa.*)
- LEONCIO ¡Con amor!
- VALEN. Mientes, y hemos concluído. No acepto tu ofrecimiento: no quiero verte más. Ofrece tu mano y tu riqueza, tus gallardías de aventurero y tu cámara del «Yacht» a otra mujer, de tantas como tienes enloquecidas. Yo te desprecio a ti y desprecio todo lo tuyo. ¡Adiós!
- LEONCIO (*Deteniéndola.*) ¡Perderte, no!
- VALEN. ¡Sí, para siempre!
- LEONCIO ¡Mira que no sabes de lo que soy capaz!
- D. SAL. ¡Poco a poco que yo estoy aquí!
- D. TRIF. ¡Por Dios santo, tenga usted juicio!
- VALEN. Con amenazas no me convences. Desprecié la deshonra fingida, que no por ser fingida, dejaba de ser deshonra, para que no desprecie la amenaza ridícula, que de todas maneras es ridícula.
- LEONCIO ¡No me enloquezcas... no me precipites! Mira que soy capaz de cogerte ahora mismo y de sacarte de esta casa, y de llevarte en brazos por el muelle, por calles y por plazas, gritando, aunque sea mentira: «¡es mi manceba y no quiere casarse conmigo!»

- VALEN. ¡De eso sí serás capaz! ¡Vete!
- D. SAL. ¡No repitas lo que has dicho, que me olvidaré de que llevas mi nombre!
- D. TRIF. ¡Don Salustio! (*Conteniéndole.*)
- OROSIA ¡Qué delirio!
- LUCIA ¡Qué miedo!
- LEONCIO ¿No ves que mis ojos se inyectan de sangre? ¡Cuando me pongo así, hay que temerme!
- VALEN. Pues no te temo. (*Retrocediendo.*)
- LEONCIO Pues, ¿por qué huyes? ¡Por miedo!
- VALEN. ¡Por repugnancia!
- LEONCIO ¡Me arrojas al abismo, Valentina!
- VALEN. No habré tenido que empujarte mucho.
- LEONCIO ¡Valentina! (*Ya sobre ella, cogiéndola.*)
- VALEN. ¡Que se vaya... que se vaya... si no se va él, me voy yo!... (*Con desesperación también, porque le faltan las fuerzazs y va a ceder.*)
- LEONCIO (*Loco, frenético, vencido, lloroso.*) ¡Pues me voy... me voy!... ¡Adiós... adiós, Valentina!... ¡No me crees, pero te quiero con toda mi alma... y si dices que no tengo alma, con todo mi corazón, que corazón sí tengo! (*Golpeándose el pecho.*) ¡Bueno o malo, me entregaba a ti por entero. ¡Tú me rechazas! ¡Miren ustedes bien: por vez primera estoy llorando!... ¡Lloro delante de ustedes... y saldré llorando para que todo el mundo me vea!... ¡Allá va el loco... allá va el loco!... ¡Llora porque no le quiere Valentina!... ¡Valentina, Valentina... eres más valentona que yo!... ¡Adiós!... ¡Te amaba mucho!... ¡Adiós! (*Sale por el fondo, delirante.*)
- D. SAL. ¿Pero no le quieres?
- VALEN. ¡Más que a mi alma! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO TERCERO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VALENTINA.....	SRTA. MARIA GUERRERO.
OROSIA.....	SRA. ALVERA.
LUCIA.....	RUIZ.
DON SALUSTIO.....	SR. THUILLIER.
LEONCIO.....	CEPILLO.
DON BAUDILIO.....	BALAGUER.
FELIPE.....	GARCIA ORTEGA.
DON TRIFON.....	CIRERA.
DON CRESCENCIO.....	GARCIA.

*Un hombre del pueblo o marinero del puerto,
con acento andaluz*

Entre el tercer acto y el eplogo ha pasado un año



EPÍLOGO

La escena representa una especie de plazoleta contigua al mar y al hotel de don Salustio. A la derecha del actor, una tapia con una punta de hierro o pequeña verja, que representa la parte posterior de dicho hotel. En los pilastrones, dos faroles encendidos. A la izquierda, un grupo de árboles y un banco oculto entre ellos. En el fondo, corre el parapeto o pretil de un muelle de circuito. El centro está cortado, y de él arranca o baja una escalinata de piedra (que no se ve, pero que se supone que llega hasta el mar) para embarcarse en botes. Por encima del parapeto se ve un horizonte muy extenso de mar y cielo. Cerca de la verja del hotel, otro banco. Es de noche: el cielo, con algunas nubes; de cuando en cuando se ve sobre el mar el brillo de la luna. (De todo esto se hace lo que buenamente o malamente se pueda.)

ESCENA PRIMERA

DON TRIFON y DON CRESCENCIO. Vienen en direcciones contrarias, siguiendo el pretil con lentitud, como si paseasen. Don Trifón observa la atmósfera y el mar. Don Crescencio trae la cabeza inclinada al suelo, según su costumbre. Al llegar al centro, y cuando el diálogo lo indica, tropiezan uno con otro, pero sin violencia.

D. TRIF. Aquel «cirrus» algo dice. (Señalando hacia las nubes.) Y aquel «cúmulos» no dice

- menos. «Área ciclónica» se nos presenta, y aun áreas «anticiclónicas». Meditemos.
- D. CRES. ¡Esta idea, esta idea! Si yo pudiera llevar conmigo el «seismómetro»... Discurramos.
- D. TRIF. Pero si el ciclón choca con el anticiclón...
- D. CRES. Pero si yo sufro el estremecimiento sísmico... (*Ya están muy cerca uno de otro.*)
- D. TRIF. ¡Entonces el choque es inevitable!...
- D. CRES. ¡Inevitable será!... (*Tropieza uno con otro: se separan y se disculpan sin conocerse todavía.*)
- D. TRIF. ¡Ah!... Perdona usted...
- D. CRES. Dispense usted...
- D. TRIF. Iba distraído.
- D. CRES. Y yo también.
- D. TRIF. ¡Caballero! (*Saluda descubriéndose la cabeza.*)
- D. TRIF. ¡Caballero!... (*Lo mismo.*)
- D. TRIF. Pero... ¿qué?... ¡No me equivoco!... ¡Don Crescencio!...
- D. CRES. ¡Pero si es don Trifón!
- D. TRIF. ¡Qué feliz encuentro!
- D. CRES. Dijera usted mejor ¡qué feliz choque! (*Se dan la mano afectuosamente.*)
- D. TRIF. ¡Usted por estas tierras!
- D. CRES. ¡Y usted por estos mares!
- D. TRIF. Yo estoy aquí hace dos meses. Pero, ¿qué ha sido de usted? Hace un año que no le veo.
- D. CRES. Un año de estudio. Pero yo tal vez le distraigo a usted en sus meditaciones.
- D. TRIF. De ningún modo. Esta noche no le dejo a usted. Yo siempre escojo esta parte del muelle de circunto, porque a estas horas no hay nadie.
- D. CRES. Si le parece a usted, nos sentaremos en uno de estos bancos.
- D. TRIF. Este rinconcito es mi sitio predilecto. Y cuando me canso de estar solo, entro en casa de don Salustio. (*Señalando hacia la verja de la derecha.*)
- D. CRES. Bien situado está el hotel de don Salustio. El año pasado, muchas veces en estos

- bancos, teníamos la tertulia, como decía don Salustio.
- D. TRIF. ¡Qué sabrosos coloquios, y qué noches tan agradables! No volverán.
- D. CRES. ¿Ha ocurrido algo? ¿Se casó al fin nuestra pobre Valentina? Cuente usted, cuente usted. Yo sólo sé que Leoncio se marchó desesperado.
- D. TRIF. Y desesperada se quedó Valentina. Profunda tristeza se apoderó de ella; quebrantó su organismo, y, por consejo de los médicos, se la llevó don Salustio a Niza.
- D. CRES. ¡Qué demonio de chica!
- D. TRIF. Allá pasaron estos meses, y ayer llegaron a pasar los de verano en ese hotel, según costumbre.
- D. CRES. ¿De modo que tan enamorada estaba?
- D. TRIF. Y lo está todavía. Siempre que puede se pasea por la orilla del mar, o se queda como estatua de piedra ahí mismo, (*Señalando hacia el pretil.*) contemplando «la boca» del puerto, que fué «la que se tragó» sus esperanzas. Pero, ¿qué le decía a usted? Ahí está. (*Conteniendo a don Crescencio.*) No nos presentemos ahora, porque a la pobre le da mucho sonrojo.

ESCENA II

DON TRIFON, DON CRESCENCIO y VALENTINA; después DON SALUSTIO. Don Trifón y don Crescencio, sentados en el banco y ocultos por la oscuridad de la noche y por la sombra de los árboles, observan durante toda esta escena. Valentina va lentamente al parapeto y se queda mirando al mar o se sienta en el pretil. La luna la baña de luz.

- D. TRIF. (*A don Crescencio en voz baja.*) Ahora estará mirando al «Yacht» que se llevó sus ilusiones.
- D. CRES. ¿Pero el «Yacht» está en el puerto?
- D. TRIF. Sí. Lo perdió al juego Leoncio. Se lo ganó un inglés, Mr. Peterson, gran amigo suyo, y gran aficionado a estas playas.



- D. SAL. (*Saliendo del hotel.*) ¡Valentina!... ¡Valentina!... ¿Dónde estás, hija? (*Al salir la ve y se dirige hacia ella.*)
- VALEN. Aquí estoy; he venido ahora mismo.
- D. TRIF. (Así está siempre el pobre don Salustio, tras ella. Temiendo que haga un disparate.) (*A don Crescencio.*)
- D. SAL. La noche está fresca.
- VALEN. La noche está deliciosa.
- D. SAL. Pero, hija, ¿no te cansas? Siempre es lo mismo.
- VALEN. Sí. Las mismas olas. El mismo cielo. Y el «Yacht»... allí. «El», no.
- D. SAL. Vamos adentro, Valentina. Pronto vendrán nuestros amigos.
- VALEN. No; es temprano todavía. Quiero antes dar un paseo. (*En toda este escena pasean los dos, apareciendo y desapareciendo según lo indique el diálogo.*)
- D. SAL. ¿En qué piensas?
- VALEN. En nada.
- D. SAL. No es cierto.
- VALEN. Pues en «él».
- D. SAL. ¿Siempre?
- VALEN. Creo que sí. No recuerdo ningún otro pensamiento.
- D. SAL. ¡Vaya por Dios!
- VALEN. ¿De modo, que no ha sabido usted nada de Leoncio?
- D. SAL. No, hija; ya te lo hubiera dicho. (*Deteniéndose.*)
- VALEN. Perdone usted; no es verdad. Usted sabe algo. Y hace usted mal en no decírmelo; yo he de saberlo.
- D. SAL. Pues no sé nada; ni me ocupo de ese loco, ni debiera ocuparme de ti. (*Sigue paseando.*)
- VALEN. ¡Un año entero sin noticias tuyas! No es posible.
- D. SAL. (*Con enojo.*) Bueno; pues sé mucho y no quiero decírtelo. ¡Ea! ¿Estás contenta?
- VALEN. Ahora es cuando dice usted verdad. (*Salen paseando por la izquierda.*)

- D. CRES. Pero si tan enamorada está, ¿por qué no se casó?
- D. TRIF. ¡Vaya usted a entender a las mujeres! ¡Qué sé yo! Valentina es muy religiosa, y Leoncio es un hombre sin fe y sin creencias. Y no es fácil casar a un ángel que bajó del cielo con cristalitos azules del firmamento sobre las alas, con un diablo que sube «de los profundos» lleno de escurriduras de azufre y pez por todo el cuerpo. (*Sonriendo.*)
- D. CRES. Nunca he intervenido en matrimonios de esta clase; pero no deben ser fáciles. ¿Y Leoncio?
- D. TRIF. Loco por esa criatura. Era la vez primera que encontraba resistencia en una mujer. Y yo creo que la quería hondamente. En el hombre más pervertido, los recuerdos de la infancia tienen dulzuras y purezas inefables.
- D. CRES. ¡Es verdad, es verdad! (1) Yo recuerdo siempre una «azotaina» que me dió mi abuela por haberle robado unos «jamos». ¡Ni las sacudidas del Etna! Pues mire usted, siempre recuerdo con «estremecimientos» de placer aquellos «estremecimientos de dolor. (*Riendo. Don Trifón ríe también.*)
- D. TRIF. Es verdad, don Crescencio. Yo también recuerdo unas «sopas de leche» que me dió mi madre una Nochebuena, y una «pastorcita» de barro, a quien yo quise dar sopas, metiéndole la cabeza en el tazón. Muchos años han pasado; pues no se ría usted de mí, más de una vez he visto, entre los formidables pliegues del ciclón, la cabecita de la pastora goteando leche (2).
- D. CRES. Nos vamos volviendo viejos.
- D. TRIF. Me parece que sí. (*Valentina y don Salustio aparecen por la izquierda, continuando su paseo, pero de vuelta.*)

NOTA Del (1) al (3) puede suprimirse para alligera la escena.

- D. SAL. Pero no hay quien te entienda, mujer. No hay quien te entienda.
- VALEN. No es fácil.
- D. SAL. (*Parándose y haciendo que ella se detenga.*) Te dije: «No te enamores de ese perdido.» Pues por lo mismo, «te enemoraste». Te dije: «No vayas al «Yacht». Pues al «Yacht». Cedo y te permito y hasta te ruego que te cases con él: «Pues no me caso.» (*Imitando la terquedad de Valentina.*) «Bueno, pues no te cases; pero olvidale.» Y tú: «No le olvido y me muero por él.» Pues te morirás. (*Echa a andar con mucho enojo a lo largo del pretil.*)
- VALEN. (*Siguiéndole.*) No se incomode usted. Si yo la único que quiero que usted me diga es «dónde está Leoncio».
- D. SAL. ¿Dónde están los condenados? En el infierno. Pues en el infierno estará.
- VALEN. No; a mí se me engaña, a mí se me oculta algo. Leoncio está enfermo; Leoncio es desgraciado; Leoncio se muere. ¡Me lo dice el corazón! (*Sale por la derecha.*)
- D. SAL. ¡Valentina!... ¡Valentina!... (*Sale tras ella, de modo que desaparecen los dos.*)
- D. CRES. ¿Y qué ha sido de Leoncio?
- D. TRIF. Cuando perdió toda esperanza de conseguir a Valentina, se hundió más y más en el vicio, como Satán en sus cavernas, cuando perdió la esperanza de su cielo. En esto corrió la voz de que Valentina había muerto.
- D. CRES. ¿Y qué? ¿qué efecto le produjo?
- D. TRIF. Que quiso representar el final de «Lucía de Lamermoor» a lo vivo.
- D. CRES. ¿Se suicidó ese loco?
- D. TRIF. Lo intentó; pero al fin se le pudo salvar. Y cuando se enteró de que vivía Valentina, a poco se muere otra vez de gozo. Naturalmente, vino la reacción y entró con «nueva vida en la vida» y con firme propósito de transformarse.
- D. CRES. ¡Hombre, hombre!
- D. TRIF. ¡Sí; fíese usted de «esas transformacio-

nes»! Por el pronto se arruinó al juego; a esto le llamaba «la liquidación de su pasado». Y luego, para demostrar que se había hecho un hombre «serio», y que de cosas serias se ocupaba, se hizo «revolucionario» y «conspirador».

- D. CRES. ¡Qué demonio!
- D. TRIF. «Que «la sociedad» estaba muy mal; que así como «él» se había transformado, era preciso transformarla a «ella.» Conspiró, como digo; tomó parte en la última «intentiona»; levantó una partida; luchó como una fiera; le cogeron por fin, y sin la intervención de don Salustio, desde Niza, y de don Baudilio, desde Madrid, a estas horas estaba fusilado.
- D. CRES. ¡Válgame Dios! ¡Pobre Leoncio! ¡Qué cabeza! ¿Y dónde está?
- D. TRIF. ¿Dónde ha de estar? En la cárcel. Sentenciado a veinte años y a punto de que se lo lleven para cumplir la condena. Mire usted si «era leal» el corazón de Valentina.
- D. CRES. Por supuesto, ¿ella nada sabe?
- D. TRIF. Nada; pero sabrá. En Niza se le puede ocultar todo; pero aquí, ¡ya es fácil! (*Don Salustio y Valentina aparecen por la izquierda. Ella intenta seguir el paseo, pero don Salustio la detiene.*)
- D. SAL. Basta ya de paseo. Vámonos a casita. (*Valentina obedece maquinalmente; pero luego se detiene, y volviéndose hacia el mar, señala un punto lejano.*)
- VALEN. Mire usted. ¿Ve usted aquellas dos rocas en la boca del puerto? Por allí pasó el «Yacht». El iba en pie sobre cubierta, mirando hacia aquí, de espaldas al mar, como diciéndome: «Tú me arrojas otra vez a las tempestades; voy de espaldas a ellas, ¡qué me importan! y con la vista fija en tí. Si caigo, caeré despreciándolas y mirándote.»
- D. SAL. Por de pronto vamos a casa, que hace fresco, y no estás tú para sufrir ni vientos, ni

lluvias, ni siquiera «el relente». (*Se van acercando lentamente al hotel.*)

VALEN. ¡Cuánto daría por verle!

D. SAL. ¿Para darle... y para darme otro disgusto?

VALEN. Para verle. ¿Dónde estará?

D. SAL. Pues está... por esos mares de la vida.

VALEN. Pues esta vez... no me quedo en la orilla.
(*Entra en el hotel.*)

D. SAL. Al que Dios no le da hijos... el diablo le da Valentinas. (*Entra en el hotel tras ella.*)

ESCENA III

DON TRIFON y DON CRESCENCIO

D. TRIF. Y terminó el primer paseo. (*Refiriéndose a Valentina y a don Salustio.*) ¿Quiere usted que entremos?

D. CRES. Con mucho gusto. (*Se dirigen lentamente hacia el hotel; el uno mirando hacia arriba, y otro mirando hacia abajo, según costumbre; pero sin exageración. Más bien es tendencia a llevar la cabeza alta don Trifón y la cabeza baja don Crescencio.*) Pero nada me dice usted de los demás amigos y amigas.

D. TRIF. Probablemente les verá usted esta misma noche y muy pronto, porque ya es la hora a que suelen venir.

D. CRES. ¿Y don Baudilio?

D. TRIF. (*Deteniéndose y riendo.*) ¡Don Baudilio!
¡Oh, graciosísimo!

D. CRES. ¿Se curó de las jaquecas?

D. CRES. Se curó por el pronto. Pero es hombre predestinado a «jaqueca perpetua». ¡Don Baudilio o la fuerza del sino!

D. CRES. ¿Cómo es eso?

D. TRIF. ¡Se casó! (*Riendo.*)

D. CRES. ¿Se ha casado don Baudilio?

D. TRIF. ¡Con Orosia!

D. CRES. ¡Con Orosia! ¿De modo que él entró también con nueva vida en la vida?

D. TRIF. ¡Y ahora tiene neuralgias toda la familia!

(Se detienen los dos; riendo en la verja del hotel.) Pero ellos se lo dirán a usted, porque ahí vienen.

ESCENA IV

DON TRIFON, DON CRESCENCIO, OROSIA, LUCIA y DON BAUDILIO. Orosia viene cogida del brazo derecho de don Baudilio. Lucía, al lado izquierdo. Don Baudilio trae encogido todo el lado izquierdo de la cara.

D. TRIF. (Adelantándose y tendiéndoles la mano.) Buenas noches, Orosia. Don Baudilio... Lucía...

OROSIA ¿Es usted? Muy buenas noches.

D. BAU. Mejores las tenga usted que yo.

LUCIA (Con tono de mal humor.) ¡Pues si no las tiene mejores que nosotros, se ha divertido!

D. TRIF. Aquí les presento a ustedes un ilustre viajero, del cual ya se habrán olvidado. (Presentando a don Crescencio.)

D. CRES. ¡Señora!... ¡Señorita!... ¡Amigo mío!... ¿Ya no se acuerdan de mí?

LUCIA ¡Ay! sí: el de los terremotos.

OROSIA ¡Don Crescencio!... ¡Cuánto me alegro!... ¡Ya le tenemos a usted otra vez!

D. CRES. Ya me tienes ustedes otra vez.

D. BAU. «¡Ya la tengo yo otra vez!» (Con tono afligido y llevándose la mano al lado izquierdo de la cara.)

D. CRES. Acabo de saber la fausta nueva. Felicito a ustedes sinceramente. (A don Baudilio y Orosia.)

D. BAU. Muchas gracias. Me parece que no nos felicitará usted en nuestras bodas de oro, ni en nuestras bodas de plata. Mire usted, ahora llevo «dos anillos de cobre» en los brazos, porque dicen que son buenos, que desarrollan electricidad. Y también ésta los lleva por precaución. De modo que, por el pronto, puede usted felicitarnos por nuestras «bodas de cobre».



- OROSIA (A don Baudilio, con mucho cariño.) ¿Cómo te sientes?
- D. BAU. Se me ha quitado del lado derecho y se me ha pasado al izquierdo.
- LUCIA (Separándose de pronto y dirigiéndose a su hermana.) ¡Ay! Pues ponte tú aquí. Las neuralgias son contagiosas: créanlo ustedes. (Cambian de sitio Orosia y Lucía, colocándose aquélla a la izquierda y ésta a la derecha, pero a cierta distancia y mirando con recelo a don Baudilio.) Yo, por precaución también, llevo un «aro de plata», pero muy mono.
- D. TRIF. ¿Quieren ustedes que entremos?
- OROSIA. Vamos allá.
- D. BAU. Sí: entren ustedes. Yo me quedo aquí un rato, porque el aire del mar me ha calmado un poco.
- OROSIA Yo también me quedo. No puedo dejarle a éste cuando está así. (Orosia está muy celosa con don Baudilio: con toda la «miel» de la luna de ídem.)
- D. CRES. Pues en el hotel de don Salustio les esperamos.
- OROSIA Oye, Lucía: tú puedes acompañar a estos señores.
- LUCIA Con mucho gusto. ¡Ya lo creo!
- D. CRES. Y me contará usted todas las novedades.
- LUCIA Sí, señor. ¿Sabe usted lo del pobre Leoncio? Todo el mundo lo sabe, pero como usted acaba de llegar...
- D. CRES. Ya me lo ha referido don Trifón.
- OROSIA (Llamándola.) Escucha. Lucía: no le digas una palabra a Valentina.
- LUCIA ¡Yo!... ¡Jesús!... ¡No soy tan imprudente!... Pero cualquiera se lo dirá!
- OROSIA Que sea cualquiera, pero que no seas tú.
- LUCIA Pierde cuidado. Es una pena lo que le pasa a ese pobre chico. (A don Crescencio.) ¡Tan valiente! ¡Dicen que se ha batido como un león! ¡Condenado a vivir veinte años entre gente de mal vivir! ¡El, que nunca ha hecho otra cosa, y ahora que deseaba corregirse!...

- D. CRES. En efecto, es muy triste. Una vida truncada.
- LUCIA (Acercándose los tres al hotel.) ¡Cómo vamos a llorar Valentina y yo... cuando Valentina lo sepa! ¡Tengo unas ganas de llorar con ella por Leoncio!
- D. TRIF. Es usted muy buena.
- LUCIA Leoncio sí que es bueno, digan lo que quieran. ¡Qué gran pecado! ¡sublevarse! ¡Eso le pasa a cualquiera! (Lucía, don Trifón y don Crescencio entran en el hotel.)

ESCENA V

OROSIA y DON BAUDILIO. Esta escena hay que hacerla con naturalidad y gracia, pero sin recargar.

- OROSIA (Acercándose cariñosa.) ¿No estás mejor, Baudilio?
- D. BAU. No, hija.
- OROSIA Por Dios, Baudilio, ten calma: ten paciencia. Ya pasará.
- D. BAU. Es que creí que había pasado para siempre. ¡Qué año tan feliz! ¡Sin neuralgia en la cabeza y con tu imagen en el corazón!
- OROSIA ¡Mi pobre Baudilio! (Con mucho mimo.)
- D. BAU. (Acercándose a Orosia con cariño.) ¡Orosia! (Separándose de pronto.) ¡Ay! ¡Orosia!
- OROSIA ¿Qué? ¿Aprieta?
- D. BAU. ¡Un latido muy fuerte!
- OROSIA ¿Te molesta que te hable?
- D. BAU. Tú no me molestas nunca. Mejor que la «antipirina» o que la «metritilamina», me calma tu cara «monina». (Acercándose con aires de galán.) ¡Ay!... (Deteniéndose.)
- OROSIA ¿Otro latido?
- D. BAU. ¡Otro!
- OROSIA ¿A la derecha o a la izquierda?
- D. BAU. ¡Es «ambidestro»: parte del trigémino, y va todo alrededor!
- OROSIA Tenemos que ir a París, y tenemos que con



- saltar con todas las celebridades. De este modo no puede seguirse.
- D. BAU. Mejor sería ir al «Yacht». ¡Si yo fuera amigo del inglés!
- OROSIA Dicen que es muy amable.
- D. BAU. Pues al «Yacht» voy. Y si el inglés no lo es conmigo y me permite que me maree... ¡me arrojo al mar!
- OROSIA ¡Por Dios, no digas eso! ¡Dejarme viuda!
- D. BAU. Ya lo estabas antes: te dejo como te encontré, ¡qué demonio!
- OROSIA ¿Te has enojado conmigo?
- D. BAU. No, hijita, dispénsame. No me hagas caso. Cuando estoy así, soy un salvaje, un antropófago. ¿Crees tú que la carne humana sería buena para las neuralgias?
- OROSIA (*Riendo.*) ¿Vas a devorarme?
- D. BAU. (*Con malicia.*) Puede ser.
- OROSIA Si de ese modo te mejoras, ¿qué importa?
- D. BAU. ¡Eres muy buena!

ESCENA VI

OROSIA, DON BAUDILIO y FELIPE. Felipe entra por la izquierda precipitadamente y en gran estado de agitación.

- OROSIA Creo que es Felipe. ¡Pero qué agitado viene! ¿Qué le pasa? ¿Adónde va usted, amigo Felipe?
- FELIPE (*Contrariado.*) ¡Ah! ¡Doña Orosia, don Baudilio... Buenas noches! Dispensen ustedes... (*Dirigiéndose al hotel. Luego retrocede.*) ¿Saben ustedes si está don Salustio? Tengo que hablarle; pero a él solo.
- OROSIA Pues no está solo.
- FELIPE Entonces... ¿quieren ustedes hacerme un favor señaladísimo?
- OROSIA Con mucho gusto.
- D. BAU. Yo, ahora precisamente, no tengo gusto para nada; pero le serviré a usted con buena voluntad.

- FELIPE Pues digan ustedes a don Salustio... si es que van ustedes a entrar...
- OROSIA Sí, señor.
- FELIPE Pues díganle, pero sin que nadie se entere, que tengo que hablar con él de un asunto urgentísimo, y que le interesa por todo extremo. Y, ustedes perdonen... (*Disculpándose por la molestia que les da.*)
- OROSIA ¡Por Dios, Felipe! (*Ella y don Baudilio se dirigen al hotel.*) (¡Debe ser alguna noticia sobre Leoncio!) (*Aparte a don Baudilio.*)
- D. BAU. (Por Leoncio doy yo mi vida, mi sangre, mis nervios... es decir, mis nervios se los doy a cualquiera.) (*Aparte a Orosia.*)
- FELIPE Con que, ya saben ustedes: que salga don Salustio como si viniese a tomar el fresco, como hace otras veces... pero sin que se entere nadie, y mucho menos Valentina.
- OROSIA Pierda usted cuidado.
- FELIPE Muchas gracias.
- D. BAU. ¡Ay!...
- OROSIA ¿Otro latido?
- D. BAU. No; iba a decir: «¡Ay, si se calmase!»
¡Pero no se calmará!... *¡Entran en el hotel Orosia y don Baudilio.*)

ESCENA VII

FELIPE; después DON SALUSTIO

- FELIPE (*Paseándose con agitación y parándose varias veces a ver si viene don Salustio.*)
¡Ese hombre pone en mí su confianza y yo no puedo faltar a ella! ¡Es un miserable!... Pero yo no tengo derecho ni para decirlo, ni para pensarlo! ¡Conmigo se portó gallardamente! ¿Pero no viene don Salustio?... ¡Qué pesadez! (*Paseándose muy agitado y parándose a veces para evocar recuerdos.*) ¿Quién sabe si será Leoncio tan malo como yo me empeño en que lo sea?
¡Con qué tranquilidad paraba mis golpes!

¡Con qué ironía tan caballeresca me dijo al descansar entre uno y otro asalto: «Yo debía matarle a usted, porque usted ha puesto la mano en mi rostro y los ojos en Valentina; pero usted no entiende de armas y sería un asesinato.» Y volvimos a cruzar los hierros y él agregó mientras paraba: «En lance en que yo intervenga ha de haber sangre; no quiero la de usted, tome usted unas gotas de la mía.» Y se dejó herir en el brazo. ¡Cómo tarda! ¡es plomo! (*Mirando hacia el hotel.*) ¡Y Leoncio esperando mi contestación! ¡Oh! ¡yo necesito salvarle! ¡Le aborrezco y por eso he de salvarle! ¡Ah!... ¡ya está aquí!... ¡Pensé que no venía usted nunca!

D. SAL. ¿Pues qué pasa?

FELIPE Sucesos graves.

D. SAL. ¿Se trata de Leoncio?

FELIPE De Leoncio se trata.

D. SAL. ¡Desdichado! ¡Cuántas veces se lo dije a su madre! ¡acabará mal! ¡acabará mal!... Vamos, ¿qué hay? ¿qué hay?... ¿Alguna otra desgracia?... ¿Está enfermo?... ¿Atentó otra vez contra su vida?... ¡Hable usted, hombre; hable usted!

FELIPE. Pues déjeme usted hablar. En dos palabras, porque no estamos para perder el tiempo. ¡Pero por Dios, que Valentina no sepa nada! (*Mirando a todas partes se acerca y habla en voz baja.*) «¡Leoncio está aquí!»

D. SAL. ¡Ave María Purísima!... ¿Está aquí?... ¿Libre?... ¿Le han indultado?... ¡Si era preciso! ¡Si yo he revuelto Roma con Santiago! (*Con extremos de alegría.*)

FELIPE No, señor; no es eso. ¿Indultarle? ¡Ya es fácil! ¡La intentona fué sangrienta! Leoncio fué el hombre de acción, y sus responsabilidades son enormes.

D. SAL. ¡Entonces no lo comprendo!

FELIPE Pues no es tan complicada la cosa. ¡Leoncio se escapó!

D. SAL. ¡El!... ¡Se escapó!... ¡Es el demonio!...

¡No; a osado y a valiente nadie le gana! El se irá al infierno de seguro, pero con todos los honores de ordenanza.

FELIPE Acabemos: ¿está usted dispuesto a ayudarlo? porque a saberlo vengo en nombre suyo.

D. SAL. (*Muy ofendido y muy afectado.*) ¡Hombre de Dios! ¿cómo puede dudarle esa criatura? Mientras estuvo en alto, mientras fué rico, mientras fué feliz... ¡feliz a su manera!... le traté sin compasión. Pero hoy que le veo pobre, (*Enterneciéndose.*) desdichado, perseguido y con sus «miajitas de arrepentimiento», no me acuerdo más que de aquel chico, de aquel Leoncillo, que se me subía a las piernas, que me tiraba del corbatín, que me estropeaba el reloj.

FELIPE ¿De modo que está usted dispuesto?...

D. SAL. ¿Por Leoncio? ¡A todo! Si yo estuviese en la magistratura, la cosa sería muy grave. Pero yo no soy juez: no ejerzo jurisdicción. ¿Se escapó? Hizo bien. Que le hubiesen vigilado mejor. ¡Si ahora no saben hacer nada! Yo no soy muy rico, pero todavía tengo unas cuantas «peluconas» para Leoncio.

FELIPE Vamos al caso. Leoncio, apenas llegó, vino a buscarme, y me dijo... pero dejemos esto. (*Don Salustio se acerca, y en silencio le estrecha la mano.*) El inglés que le ganó el «Yacht», míster Peterson, es una buena persona, y está dispuesto a recogerle en el «Yacht» y a llevárselo a Inglaterra. El «Yacht» está inscrito en la matrícula de Liverpool, y tiene la bandera inglesa. Pero hay mucha vigilancia en los muelles, y mi plan es éste: Leoncio viene a su casa de usted; un bote lo espera al pie de esa escalerilla; nosotros observamos todos estos alrededores, y en un momento oportuno, Leoncio sale, baja, entra, a los remos y al «Yacht», y la bandera de la nación más sesuda ampara al hombre de menos seso de toda la cristiandad.

- D. SAL. ¡Magnífico!
- FELIPE Pero es preciso que Valentina no se entere.
- D. SAL. Corre de mi cuenta. Valentina no se entera de nada. En cuanto se marchen las visitas, «la convenzo de que está mala», y la mando a la cama.
- FELIPE ¡Admirable! Voy a buscar a Leoncio.
- D. SAL. ¿Dónde está?
- FELIPE Si no se marchó... que de él no me fío mucho... en mi casa.
- D. SAL. Pues pronto. (*Felipe se dirige a la puerta del fondo.*)

ESECENA VIII

DON SALUSTIO y FELIPE; VALENTINA, que viene agitada y angustiada.

- VALEN. ¡Felipe... un momento: quiero hablar con usted! Y con usted también, padre mío. Con los dos: ahora mismo... ¡Dios mío, qué infamia! (*Vacilando.*)
- FELIPE ¡Valentina!... (*Acudiendo a ella.*)
- D. SAL. ¡Hija mía!... ¿Qué tienes? (*Lo mismo.*)
- VALEN. ¿Qué he de tener? ¡Eso, eso!... Lo que me ha contado Lucía. Pero no es verdad: díganme ustedes que no es verdad. (*Con angustia suprema suplicando a uno y otro.*)
- D. SAL. Pero si no sabemos de qué se trata. Explícate, y no te pongas así. (*Procurando calmarla.*)
- VALEN. ¿Ustedes me han engañado! ¡Ustedes lo sabían! ¡Virgen Santísima, yo te prometo ir en peregrinación y descalza a tu santa ermita, si no resulta verdad?
- D. SAL. ¿Pero ve usted qué criatura esta? (*A Felipe.*)
- VALEN. Sólo una palabra, ¿es cierto?
- D. SAL. ¿Pero qué?
- VALEN. Lo que me han contado: ahora, ahora mismo.
- D. SAL. ¿Pero quién?

- VALEN. ¡Ella, ella! ¡La que lo cuenta todo; pero no miente nunca: Lucía!
- D. SAL. ¡Charlatana! (*Con enojo.*)
- FELIPE Era preciso.
- VALEN. ¡Ah, es cierto, es cierto!... ¡Usted también engañándome! (*A Felipe con amarga reconvención.*)
- FELIPE Valentina, yo estaba muy lejos de usted, y usted cada vez más lejos de mí. (*Pequeña pausa.*)
- VALEN. ¿De modo que Leoncio está perseguido? No; más: en poder de esos hombres, de esos jueces, que no saben más que sentenciar, ¡siempre sentenciar! ¡Y ustedes le abandonan! ¡Usted que es su sangre! (*A don Salustio.*) ¡Usted que le debe la vida! (*A Felipe.*)
- FELIPE No es usted justa, Valentina. (*Con tristeza y dulzura.*)
- D. SAL. ¡Si no le abandonamos! ¡Si hemos hecho todo lo posible! ¡Si haremos más! ¡Si éste, tú no sabes cómo se ha portado!
- VALEN. (*Casi sin atenderle.*) ¿Y por qué no decírmelo todo a mí? ¿Por qué ocultármelo tanto tiempo? ¡Qué falta de corazón! ¡Si cien años vivo, no perdono esto! ¡Leoncio arrojado por «toda una vida» entre esos hombres de la cárcel! ¡Qué horror y qué vergüenza! (*Va de un lado para otro desesperada, como si buscase un medio o una idea.*) ¡No, hay que salvarle! ¡Dios mío, tú que le conoces mejor que nosotros, y sabes que es bueno, sálvale! ¡Yo rezaré mucho por él! ¡Yo me secaré la garganta rezando!
- D. SAL. Vamos, Valentina, cálmate. Mañana iremos. Y se arreglará todo. Que te lo diga Felipe. ¿No es verdad que hay esperanzas?
- FELIPE Pero si no nos cree.
- VALEN. Usted lo ha dicho: no les creo. ¡No creo más que a éste: y éste ha de inspirarme algo (*Poniendo la mano sobre el corazón.*) o es tan cruel como ustedes! (*Se separa un poco, haciendo esfuerzos por coordinar sus*

ideas. De todas maneras, esta escena queda encomendada al genio de la actriz.)

FELIPE (Yo creo que vale más decírselo todo.)
(*Aparte a don Salustio.*)

D. SAL. (Pero querrá verle...)

FELIPE (*Después de luchar consigo mismo, con arranque noble.*) (Pues que tengan ese consuelo. Voy a buscarle.)

D. SAL. (Vaya usted. (*Sale Felipe precipitadamente por la izquierda: fondo.*))

ESCENA IX

VALENTINA y DON SALUSTIO; después un HOMBRE DEL PUEBLO

VALEN. (*Mirando cómo se aleja Felipe.*) ¡Cómo hu-
ye de mí! ¡Cómo me deja sola! ¡Déjeme,
déjeme usted también!

D. SAL. ¡Eres ingrata! ¿Tú no sabes lo que ha he-
cho por Leoncio ese hombre!

VALEN. Bueno, que me perdone: yo se lo agradezco. Pero yo tengo mi plan. (*Sentándose en el banco y hablando más para sí que para don Salustio.*) Primero, estoy dando vueltas por la playa toda la noche: de todas maneras, yo no había de dormir. Y como el mar y el cielo son tan grandes, Dios, que es tan grande, debe estar allí cerca y me oirá mejor. (*Dirigiéndose más marcadamente a don Salustio.*) ¿Ve usted cómo llega una ola y otra ola, y otra más, a la orilla, sin acabar nunca? ¡Pues así llegará una súplica, y otra súplica, y todas las que quepan en la noche, a los pies de mi Dios, como oleaje de fe y de angustia! Después, con el alba, a la misa de alba; pero como Dios ya estará cansado de mí, le rogaré a la Virgen Santísima. Y después... después, al tren; a Madrid; adonde esté Leoncio. A sufrir por él; a pedir por él; a llorar por él; y si a una mujer que hace

esto no le atiende Dios, y la Virgen y los hombres... entonces, entonces no sé... entonces, ¡a morir por él! (*Llorando.*)

D. SAL. ¿Quieres dejarme que te hable?

VALEN. Bueno, diga usted. Pero ya lo sé todo.

D. SAL. Pues mira... pero aguarda que pase uno que viene hacia aquí.

HOMBRE (*Es un hombre del pueblo o un hombre del puerto, puede tener acento andaluz y comerse algunas letras de las palabras.*) Buenas noches: ¿vive por aquí un señor que le llaman don Salustiano o don Salustio; uno que dicen que si fué cosa de pusticia?

D. SAL. Sí, señor; en ese hotel.

HOMBRE Vaya, pues muchas gracias, y a la paz de Dios. (*Se dirige a la casa.*)

D. SAL. Si le busca usted, no tiene para qué entrar, porque soy yo.

HOMBRE ¿Que es usted don Salustio? Por muchos años. Bueno, pues no quiero nada con usted. (*Sigue su camino hacia la casa.*)

D. SAL. ¡Eh! Buen hombre, ¿no buscaba usted a don Salustio?

HOMBRE ¡Qué matraca! Buscaba la casa de ese que dicen que si fué o no de justicia. Pero a él precisamente no le buscaba.

D. SAL. ¿Pues a quién?

HOMBRE (*Con cierta sorna.*) Ya lo diré en la casa, cuando llegue, si es que usted me deja llegar; y cuando me abran, si es que me abren.

D. SAL. (*Con mal tono.*) No sea usted pesado; yo soy el amo de la casa y le pregunto a usted qué quiere y a quién busca.

HOMBRE Eso es otra cosa. Busco a una señorita que me dijo, el que me lo dijo, que era muy valiente.

VALEN. (*Adelantándose.*) ¿Dijo Valentina?

HOMBRE Eso mismo, Valentina.

VALEN. Yo soy.

HOMBRE ¿Usted es Valentina? ¿Usted es la de la casa?

VALEN. Acabe usted, ¿qué quiere?

HOMBRE Nada. Digo, sí. Este papelito que me dió

ese mozo «cruo» que está a la vuelta. *(Le da una carta, acercándose mucho para verla.)*

D. SAL. *(De fijo, es de Leoncio.) (Aparte. Valentina toma la carta asaltada por un presentimiento vago; rompe el sobre; procura leerla, no puede y se aproxima a uno de los faroles de la verja.)*

VALEN. *Venga... No puedo... Aquí sí... A ver... ¡Ah! (Ahogando un grito de alegría; mirando alrededor; vacilando; conteniéndose y leyendo, pero sin poder dominar su emoción. Don Salustio acude a sostenerla. Esta escena muda queda encomendada a la actriz.)*

HOMBRE *Le hace impresión la carta.*

VALEN. *(Al concluir, volviéndose con violencia y sin poder dominarse, dirigiéndose al hombre de la carta.) ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Que sí!... ¡Pronto!*

HOMBRE *Con que, «¿sí?» (Riendo.) ¡Vaya, pues, a la paz de Dios! (Sale resueltamente por la izquierda.)*

ESCENA X

VALENTINA y DON SALUSTIO. *Al marcharse el hombre, Valentina se abraza a don Salustio con grandes demostraciones de alegría, enseñando el papel, riendo, llorando, mirando a todas partes, casi sin poder hablar. Una emoción profunda y compleja que la actriz interpretará como crea conveniente.*

VALEN. *¡Es él!... ¡Está libre!... ¡Ha venido!... ¡Mire usted!... ¡Mire usted!... (Enseñándole la carta, pero sin dársela.) ¡Y todavía me quiere!... ¿Le parece a usted?... ¿Es esto posible?... ¡Y esta noche huye!... Pero, ¡usted no dice nada!... ¿Usted no se alegra?... ¡Es de Leoncio, de Leoncio! (Enseñándole otra vez el papel. Le da un abrazo; don Salustio la abraza riendo.) ¿Pero usted es de piedra?*

D. SAL. ¡Y tú, en cambio, de pólvora! ¡De dinamita! ¡Ea!... ¡la explosión! Yo sabía «todo eso». Y «por eso» estaba más tranquilo que tú.

VALEN. Pero Leoncio vendrá en seguida y es preciso que se vayan todos. Echeles usted de cualquier manera. Dígales usted que con la noticia que me ha dado Lucía, me he puesto muy mala. ¡Lo ve usted! ¡Yo tengo que pensar en todo!

D. SAL. Pero, ¡si no me dejas! ¡Si me aturdes! Allá voy. Buena idea. Que te has puesto «mala», y que yo al verte mala, me he puesto «malo». (*Dice esto dirigiéndose al hotel.*) ¡Justo, justo! Pero, ¡esto es mentir descaradamente!

VALEN. ¡Qué importa!... ¡Pronto! (*Empujándole con cariño.*) Vamos... por mí... por él...

D. SAL. Sí, por los dos. ¡Ah!... y les echaré por la otra puerta para que no pasen por aquí... no haga el diablo que llegue Leoncio al mismo tiempo. Y mira, yo saldré también a explorar los alrededores.

ESCENA XI

VALENTINA; después LEONCIO

VALEN. ¡Libre!... ¡Al «Yacht»!... ¡A Inglaterra!... ¡Ya no caerá en esos infiernos de negruras y podredumbre! ¡Parece mentira! ¡Verle! (*Mirando el papel.*) ¡Parece mentira! ¡Ni una palabra de enojo! ¡Qué bueno, qué cariñoso, qué humilde! (*Repasando la carta, o de memoria o a la luz del farol.*) «Valentina, ¿quieres verme por última vez? Si quieres verme, no tienes más que decir al que lleve esta carta: «sí.» Ya se lo dije. Me parece que se lo dije bien claro. ¡Ay, Virgen mía, me muero de impaciencia y me ahogo de angustia! ¡Si le cogiesen otra vez!... ¡Y a él no le importa la vida!... ¡Se dejaría matar!... ¡Por mí, por

Valentina, le es la vida odiosa!... ¡Leoncio!... ¡Leoncio!... ¡Perdón!... *(Cae en un banco y se cubre el rostro con las manos. Después se levanta Valentina, apoyada en pie contra la verja y esperando. Leoncio por el fondo izquierda. La escena, iluminada por la luna. Cuando sea posible verla rielar sobre el mar, esto dará carácter poético a las escenas finales.)* ¡Cuánto tarda!... ¡Ah!... ¡Allí veo una sombra! ¡Es un hombre: un hombre que se acerca con precaución! ¿Será él?

LEONCIO ¡El hotel... la verja!... En la verja hay alguien. Es una mujer. ¿Será ella?

VALEN. ¡Yo creo que es él! *(Avanzando un poco más.)*

LEONCIO ¡Yo quiero ver si es ella!

VALEN. ¡Leoncio! *(Dando unos pasos más.)*

LEONCIO ¡Valentina! *(Precipitándose: se abrazan con pasión.)* ¡Valentina... mi Valentina!

VALEN. ¡Calla... calla, por Dios!... ¡Ven!... ¡Silencio! *(En voz baja, y queriendo llevarle hacia el hotel.)*

LEONCIO ¿Pero tú me esperabas?... ¿Pero tú me abrazas?... ¿Pero tú sabes que este es el primer abrazo que me das desde que éramos niños?

VALEN. ¡Yo no lo sé!... ¡No me acuerdo!... ¡Pero habla bajo! Vamos adentro.

LEONCIO No, espera: antes de entrar, has de decirme muchas cosas. Y no me hables con el desabrimiento de siempre. ¡Mira que he sido muy desdichado! ¡Por Dios, Valentina, dime palabras de consuelo! *(Con mucha dulzura y humildad.)* Contesta a mis preguntas. *(La sienta en el banco que está junto a la verja, pero de modo que se les vea de frente.)*

VALEN. Sí; pero pronto, porque no hay tiempo. Pregunta y yo te contestaré a todo. ¡Ya verás... ya verás... no como otras veces! *(Precipitándose ella a dar las preguntas y las respuestas, sin esperar a que él hable,*

y aun interrumpiéndole, cuando quiere hablar.) ¿Tú me dices «que he sido muy mala»? Sí, he sido muy mala. ¿Que «si estoy arrepentida»? Sí, estoy arrepentida. ¿Que «si daría mi vida por ti»? La daría. ¿Que «si te quise siempre»? Sí, siempre; cuanto más te atormentaba, más te quería. ¿Que soy una loca, una imbécil, una ingrata? Sí, todo eso lo soy. Pero, ahora, tú puedes vengarte con una sola palabra. Dime: «pues ya no te quiero.» Y, mira, Dios con todo su poder y todos sus infiernos, no podría castigarme ni con más justicia, ni con más crueldad! ¡Con que, a ver, a ver lo que tú haces de tu Valentina!

LEONCIO *(La oye transportado de alegría; quiere interrumpirla, y no puede. La coge de las manos, la mira riendo y llorando, y se abraza a ella casi sin poder hablar.)* ¡Valentina... Valentina!... ¿Preguntas qué voy a hacer? Pues esto, esto... yo no sé hacer más, ni sé contestar más.

VALEN. Leoncio, ¿me perdonas?

LEONCIO ¡Ah! ¡si no te perdonase, ya sé yo un buen castigo!

VALEN. ¿Cuál? ¿El que yo dije?

LEONCIO No. Decirte: «¿No quisiste casarte conmigo antes? Pues cástate ahora.»

VALEN. ¿Y no vas a decirlo? ¿No lo dices?... ¡Entonces, ya encontraste mi castigo! *(Se separa al otro extremo del banco y rompe a llorar.)*

LEONCIO No te apures, tonta, «¡que sí lo digo!» Ahora no tengo nada, no soy nada: el presidio o la muerte en perspectiva. Valentina, ¿quieres ser mi mujer?

VALEN. «¡Ahora sí! ¡Ahora sí!»... ¡No te arrepientas de lo que has dicho! ¡Tuya! ¡en la miseria, en el destierro, en el presidio, en la muerte! Adonde tú vayas! ¡adonde tú caigas! ¡adonde tú ruedes! ¡En cuanto sepa dónde estás, yo iré a buscarte! ¡Si tú me recibes, seré tu mujer! ¡Si subes, subiré contigo; si te hundes, en ese mar

- nos hundiremos abrazados para beber en la agonía la misma bocanada de sal!
- LEONCIO ¡Dios mío, si no creo lo que te oigo! ¡Tú eres otra!
- VALEN. Bobo, soy la misma.
- LEONCIO ¡Pero si nunca me has dicho estas cosas!
- VALEN. Porque tú eras muy torpe y no me entendías. Pero esto es lo que te he dicho siempre. Sólo que entonces me daba vergüenza decirlo de este modo. Te veía feliz, poderoso, y en vez de decirte «te amo», te decía «te odio»; pero, ¿qué importan las palabras? ¿Quién hace caso de ellas? «Del corazón» hace caso Dios, porque su amor es divino; y del corazón hacen caso los que aman... ¡como yo! Con que a ver si me entiendes ahora, ¡que yo no encuentro palabras!
- LEONCIO Valentina, aquel Leoncio miserable y torpe que no te comprendía, murió la noche en que quiso morir por ti; porque me dijeron... que su Valentina... (*Recuerda el conato de suicidio.*)
- VALEN. ¡Lo sé!
- LEONCIO Este Leoncio se va esta noche, porque no quiere que vayas «a la reja de la cárcel, ni a darle penitas ni a quitárselas»... (*Procurando bromear, pero muy conmovido.*) Pero te llamaré muy pronto. ¿Irás?... ¿Irás a buscarme?
- VALEN. ¡Iré! ¡Te lo juro por mi Dios y por mi madre!
- LEONCIO ¿Y serás feliz?
- VALEN. ¡Lo seré!
- LEONCIO ¿Y serás mi ángel bueno?
- VALEN. Tu ángel, no sé. Tu Valentina, sí. Y tú, ¿me perdonas?
- LEONCIO ¿Qué he de perdonarte, niña mía?
- VALEN. El mal que te hice.
- LEONCIO Por él te quiero más; luego no fué «mal», sino bien; tú lo has dicho. ¡Bendita sea la mano que me azotó hasta punto de sangre, si fué para beberla hoy con sus la-

bios y mezclarla a la suya! ¡Azota, azota más y bebe más!

VALEN. *(Con ternura; pero de pronto como despertando de un sueño, al recordar en la situación en que están.)* ¡Ay, que hablamos y hablamos, sin pensar que ya es hora! *(Señalando hacia el mar.)*

LEONCIO ¿De qué?

VALEN. De irte.

LEONCIO Es temprano.

VALEN. Mira, la chimenea del «Yacht» está humeando; y aquel punto negro es el bote que viene a buscarte. *(Llevándole hacia el pretil del muelle.)*

LEONCIO No es humo, son nubes. Y yo no veo ningún punto negro. No veo más que el río de plata que la luna tiende sobre el oleaje al rielar en las aguas.

VALEN. Sí, es humo, es humo; ¡mira cómo el viento lo deshace! Y el bote, ¿no lo ves? Ahora entró en ese río de plata que dices.

LEONCIO ¿Qué importa? Deja que se deshaga el humo, que otro vendrá después. Deja que el bote se acerque, que todavía no llegó, y el río de luz es muy largo.

VALEN. ¡Pero hay que esperar al bote!

LEONCIO ¿Dónde mejor que aquí?

VALEN. Al pie de esa escalerilla.

LEONCIO Si tú me acompañas...

VALEN. ¡Hasta que toque con las olas, hasta que se mojen mis pies como aquel día.

LEONCIO Mira que los escalones están resbaladizos.

VALEN. Tú me sostendrás.

LEONCIO ¿Como para subir al «Yacht»?

VALEN. No sé. Eso tú has de decirlo.

LEONCIO Pues vamos.

VALEN. Vamos.

ESCENA XII

VALENTINA, LEONCIO y FELIPE. *Valentina y Leoncio se preparan a bajar por la escalerilla del muelle. Felipe entra por la derecha con muestras de alarma.*

- FELIPE ¡Leoncio!... ¡Leoncio!...
- VALEN. *(Volviéndose rápidamente.)* ¿Quién es?
- LEONCIO *(Lo mismo y adelantándose.)* ¡Felipe!...
- FELIPE ¿Adónde va usted?
- LEONCIO Al bote.
- FELIPE No ha llegado aún.
- VALEN. Por allí viene.
- FELIPE Tardará un rato.
- VALEN. Pues aguardaremos.
- FELIPE *(Con ansiedad.)* Aquí no. Gente sospechosa anda por estos alrededores; deben ser de la policía secreta.
- LEONCIO Alarma sin motivo.
- FELIPE ¡No sea usted insensato! Se sabe que ha llegado usted; le dan a usted caza. Vamos adentro.
- VALEN. Sí, Leoncio. Dentro esperaremos que llegue el bote.
- LEONCIO Dentro, no. Eso sería dejarme coger como en una ratonera; no podría salir. Yo necesito espacio y camino franco. A mí no me cogen vivo. Se acabaron los cerrojos. Ya no echan sobre mí, sino en todo caso los de la puerta del camposanto.
- VALEN. *(Abrazándose a él.)* ¡No digas eso, o déjame pasar delante!
- LEONCIO Que vengan: lucharé, y si me queda vida, a nado alcanzaré el «Yacht»!
- FELIPE Pues vamos por esas callejas.
- LEONCIO Vamos, que no me cogen desprevenido; armas llevo. *(Riendo con risa de supremo desprecio.)*
- VALEN. ¡Leoncio! ¡Leoncio! *(Queriendo detenerle; luego se domina y ella misma le empuja.)* ¡Ea!... ¡Basta!... ¡Pronto!

LEONCIO Para despedirme de ti... ¡ya volveré!
VALEN. ¡No!... ¡Sí!... ¡Vete!...
FELIPE ¡Por fin! (Con enojo celoso, Salen Leoncio y Felipe por la derecha.)

ESCENA XIII

VALENTINA; después, cuando el diálogo lo indica,
LEONCIO, DON SALUSTIO y FELIPE

VALEN. (Observando.) ¡No encuentran a nadie! ¡Sí! ¡un hombre se acerca!... ¡Dios mío!... ¡Ah! ¡es don Salustio!... ¡Qué miedo tuve! ¡Y se abrazan! ¡qué imprudencia!... ¡Se alejan los tres!... ¡ya no se les ve! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡que ya falta muy poco para que se salve!... ¡Qué ansiedad!... ¡qué angustia!... ¡Virgen mía!... ¡ruido de remos!... (Asomándose al pretil.) ¡Ya está aquí el bote! ¡Gracias al cielo! ¡Si no se hubiese marchado, ahora tenía buena ocasión! ¡Mala fué la idea de Felipe! ¡Ah!... ¿qué es aquéllo? (Precipitándose a la derecha para observar.) ¡Se oyen voces!... «¡ataja, ataja!» dicen. ¡Y unos hombres corren! (Se oyen dos o tres disparos de revólver, pero con poca intensidad, como a lo lejos.) ¡Jesús mil veces!... ¡Era verdad!... ¡Le dan caza!... ¡Leoncio!... ¡mi Leoncio!... ¿Qué ha pasado? (Con terror. Pausa pequeña.) ¡Ah!... ¡por fin!... ¡Gracias, Dios mío! ¡Allí viene!... ¡sí... es él... con don Salustio y con Felipe!... ¡Pero vacila!... ¡viene herido!... ¡Leoncio!... (Precipitándose en sus brazos. Entran Leoncio, don Salustio y Felipe. Leoncio viene en efecto herido, pero camina por su pie, aunque sin firmeza y ayudado un poco por Felipe y don Salustio. Todos vienen al primer término.) ¡Leoncio!... ¡Mi Leoncio!...

LEONCIO ¡Valentina!

VALEN. ¿Herido?...

- LEONCIO Sí. ¡Pero no te asustes; estoy seguro que resbaló la bala!
- D. SAL. ¡Yo creo que no tiene importancia! Si el bote vino... al bote.
- VALEN. Ya lo tienes ahí.
- FELIPE Pues, vamos. ¡Esos hombres volverán!...
- VALEN. Sí... Adiós... ¡Vete!... ¡Pero, Dios mío, esa herida!... Tú dices que no es nada... Yo toco sangre...
- LEONCIO Naturalmente, (*Bromeando.*) una herida ha de tener sangre. (*Abrazándola.*) ¡Adiós... adiós!... (*Vacila un poco.*) Yo creo que no vale nada; pero si por casualidad me muriese... ¡Morir lejos de ti!...
- VALEN. ¡No digas eso!...
- FELIPE ¡Pronto!
- D. SAL. ¡Ea!... ¡El hombre es hombre!... Más vale curar la herida en el «Yacht», que en la cárcel.
- VALEN. Y si es grave, ¿quién la curará? (*Entre Felipe y don Salustio le han ido acercando al muelle sin que él oponga gran resistencia, porque pierde fuerzas por la pérdida de sangre.*)
- LEONCIO (*Ya cerca del pretil, pero en pie siempre, a Valentina, que ha quedado en primer término.*) ¡Adiós, Valentina!... ¡Yo no quisiera que me separasen de ti!
- VALEN. ¡Ni yo tampoco!... (*Con voz ahogada, tendiendo los brazos, pero sin atreverse a resistir.*)
- LEONCIO ¿Y si no te veo nunca?
- VALEN. ¡Me verás! (*Con energía, como tomando una resolución suprema.*)
- LEONCIO ¿Cómo, si nos separan?
- VALEN. ¡Yendo a buscarte!...
- LEONCIO ¿Cuándo?
- VALEN. ¡Ahora! (*Se precipita a él y le abraza.*)
- FELIPE ¡Que vienen esos hombres! ¡Basta de locuras!
- VALEN. ¡Pues vamos, Leoncio!
- LEONCIO ¡Dios mío! ¿No me engañas?
- VALEN. ¡No!
- D. SAL. Pero, ¿qué dices?

- VALEN. ¡Que me voy!
- D. SAL. ¿Adónde?
- VALEN. ¡Adonde él vaya!
- D. SAL. ¿A qué?
- VALEN. ¡A vivir con él, si él vive; a morir con él, si él muere!
- FELIPE ¡Valentina!
- D. SAL. Pero, ¿qué te propones?... ¿Y tu buen nombre, y tu reputación, y tu honra?
- VALEN. ¿No dicen que todo eso quedó en el «Yacht»? ¡Pues a buscarlo voy! ¡Adiós, padre mío! ¡Adiós, Felipe!... ¡Leoncio, yo te ayudaré a bajar!
- LEONCIO No; aún me queda sangre y aún me quedan fuerzas. Yo te bajaré en brazos, ¡que no he de ser menos valiente que mi Valentina!
- VALEN. ¡Leoncio!
- D. SAL. (*Queriendo detenerla.*) ¡Valentina!
- FELIPE ¡Valentina!
- LEONCIO ¡No teman ustedes! Al estrecharla contra mi pecho, en la sangre con que la mancho, va el alma que la entre. Valentina, tan segura y tan honrada vas en mis brazos como irías en los de tu madre. Si vivo, serás mi esposa; si muero, serás el ángel que vele por Leoncio. (*Desaparecen por la escalerilla. Lo poético sería, si el galán tuviese buenos puños y la escalerilla bastante profundidad, que bajase en brazos a Valentina: se les vería desaparecer lentamente y sobre ellos el horizonte del cielo y el mar. Felipe queda en pie mirando el pretil. Don Salustio un poco más retirado.*)
- FELIPE Ya están en salvo: ¡que sea feliz!
- D. SAL. Que sean felices. (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Aunque en el pensamiento del autor el Epílogo es de *necesidad lógica*, sin embargo, las Empresas teatrales que lo crean oportuno podrán suprimirlo, terminando la obra en el acto tercero, de este modo:

Al pronunciar Leoncio sus últimas palabras y después de llegar a la verja se detiene, y como atraído por Valentina, vuelve a acercarse a ella don Salustio sin que lo note ninguno de los dos.

D. SAL. Pero, ¿no le quieres?

VALEN. ¡Más que a mi alma! (*Dice esto en voz alta, sin poder contenerse.*)

LEONCIO (*Preciptándose a ella y cogiéndola en sus brazos.*) ¡Entonces, eres mía!

VALEN. (*Desprendiéndose.*) ¡No!... ¡Eso no!

D. SAL. Acabe la locura y mande una vez la prudencia. ¡Sí, es tuya! (*A Leoncio.*) ¡Y así la merezcan tus obras como ha sabido ganarla tu amor!

VALEN. (*Protestando débilmente.*) ¡Padre mío!

D. SAL. El que no quiera que le trague el mar, que no se meta mar adentro. Quédese en la orilla. Y aun en ella no estará seguro, que hay olas tempestuosas que la barren y marean creciente que la inunda.

FINAL

OBRAS DE DON JOSÉ ECHEGARAY

- El libro talonario**, comedia en un acto, original y en verso.
- La esposa del vengador**, drama en tres actos, original y en verso.
- La última noche**, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
- En el puño de la espada**, drama trágico en tres actos, original y en verso.
- Un sol que nace y un sol que muere**, comedia en un acto, original y en verso.
- Cómo empieza y cómo acaba**, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
- El gladiador de Ravena**, tragedia en un acto y en verso, imitación.
- O locura o santidad**, drama en tres actos, original y en prosa.
- Iris de paz**, comedia en un acto, original y en verso.
- Para tal culpa tal pena**, drama en dos actos, original y en verso.
- Lo que no puede decirse**, drama en tres actos, original y en prosa.
(Segunda parte de la trilogía.)
- En el pilar y en la cruz**, drama en tres actos, original y en verso.
- Correr en pos de un ideal**, comedia original, en tres actos y en verso.
- Algunas veces aquí**, drama original, en tres actos y en prosa.
- Morir por no despertar**, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
- En el seno de la muerte**, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
- Bodas trágicas**, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.
- Mar sin orillas**, drama original, en tres actos y en verso.
- La muerte en los labios**, drama en tres actos y en prosa.

- El gran galeoto**, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
- Haroldo el normando**, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
- Los dos curiosos impertinentes**, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
- Conflicto entre dos deberes**, drama en tres actos y en verso.
- Un milagro en Egipto**, estudio trágico, en tres actos y en verso
- Piensa mal... ¿y acertarás?**, casi proverbio, en tres actos y en verso.
- La peste de Otranto**, drama original, en tres actos y en verso.
- Vida alegre y muerte triste**, drama original, en tres actos y en verso.
- El bandido Lisandro**, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
- De mala raza**, drama en tres actos y en prosa.
- Dos fanatismos**, drama en tres actos y en prosa.
- El conde Lotario**, drama en un acto y en verso.
- La realidad y el delirio**, drama en tres actos y en prosa.
- El hijo de carne y el hijo de hierro**, drama en tres actos y en prosa.
- Lo sublime y lo vulgar**, drama en tres actos y en verso
- Manantial que no se agota**, drama en tres actos y en verso.
- Los rígidos**, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
- Siempre en ridículo**, drama en tres actos y en prosa.
- El prólogo de un drama**, drama en un acto y en verso.
- Irene de Otranto**, ópera en tres actos y en verso.
- Un crítico incipiente**, capricho cómico en tres actos y en prosa.
- Comedia sin desenlace**, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
- El hijo de don Juan**, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.
- Sic vos non vobis o la última limosna**, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.
- Mariana**, drama original en tres actos y un epílogo, en prosa.
- El poder de la impotencia**, drama en tres actos y en prosa.
- A la orilla del Mar**, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.
- La rencorosa**, comedia en tres actos y en prosa.
- María-Rosa**, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción).

- Mancha que limpia**, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.
- El primer acto de un drama**, cuadro dramático, en verso.
- El estigma**, drama en tres actos y en prosa.
- La cantante callejera**, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.
- Semiramis o la hija del aire** (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
- Tierra baja**, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.
- La calumnia por castigo**, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.
- La duda**, drama original, en tres actos y en prosa.
- El hombre negro**, drama original, en tres actos y en prosa.
- Silencio de muerte**, drama original, en tres actos y en prosa.
- El loco Dios**, drama original, en cuatro actos y en prosa.
- malas herencias**, drama original, en tres actos y en prosa.
- La escalinata de un trono**, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.
- La desequilibrada**, drama original, en tres actos y en prosa.
- A fuerza de arrastrarse**, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.
- Entre dolora y cuenta**, monólogo.
- El moderno Endimión**, ídem.
- El canto de la sirena**, ídem.
- El preferido y los cenicientos**, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguienza.



1018407

